

YUCATÁN A OJO DE EXTRANJERO EN 1958

# Suelo de piedra caliza sobre los ríos

Michel Peissel

*Michel Peissel.* Nació en Francia en 1937. Sus numerosas expediciones lo convirtieron quizás en uno de los últimos y verdaderos exploradores de la tierra. Antes de sus estudios en Harvard y Oxford, a los 21 años descubrió templos desconocidos en Yucatán, aventura que narra en *El mundo perdido de los mayas*. A los 22 años dirigió una expedición al Himalaya en pleno macizo del Everest. Después de una segunda expedición a Yucatán, atravesó con su mujer el Atlántico sobre un pequeño velero. En 1964 volvió a franquear el Himalaya para descubrir Mustang, un misterioso enclave en el Tibet. Después de diez años de espera y varios viajes al Himalaya, fue autorizado en 1968 a atravesar y explorar el interior de Bhutan, último gran reino feudal de nuestro planeta. Su conocimiento de la lengua tibetana y sus siete viajes al Himalaya le valieron un doctorado en Etnología por La Sorbona, reconociendo así sus investigaciones sobre esas regiones. Escritor de talento, sus libros fueron publicados en diez países y traducidos a ocho idiomas, incluido el ruso. Algunos de sus títulos son: *Los khambas, guerrilleros del Tibet, Butham secreto, La gran travesía del Himalaya*, entre otros. Murió en el año 2011.

Entrar en la península del Yucatán después de cruzar las selvas del istmo de Tehuantepec al paso de tortuga de los Ferrocarriles Nacionales del Sureste es como cambiar de mundo.

La parte mexicana de la península es como una extravagancia de la Naturaleza. Su extraño aspecto, sus características, son únicos. Lo que primero le sorprende a uno es que el país sea completamente llano. Dejando aparte una pequeña y estrecha cadena montañosa que desciende por el centro del rectángulo que forma el pedazo mexicano de la península, toda la región es una vasta planicie caliza apenas elevada sobre el nivel del mar.

Otra sorprendente particularidad que no escapa a la observación, pero que se hace todavía más evidente en el mapa, consiste en la total carencia de ríos en toda la región. Yo creo que es en sitios como en el Yucatán norteño donde se da uno cuenta de la importancia del agua. Pero si el Yucatán mexicano no tiene ríos ni

lagos (aparte de las lagunas saladas de la costa), posee, en cambio, una considerable cantidad de agua en el subsuelo. En efecto. Como el terreno está formado por piedra caliza porosa, ésta absorbe las lluvias tropicales que caen en cuanto llega la estación. Toda la región es una verdadera red de ríos, depósitos, lagos y corrientes subterráneos. Los pozos son los que dan origen a las pequeñas aglomeraciones actuales; el mar tiene poca importancia, pues hay pocas ciudades costeras, exceptuando Campeche, el famoso puerto pirata situado en la frontera de Yucatán y del istmo de Tehuantepec.

Los pozos, muy numerosos, son de dos clases: los hechos por la mano del hombre y los *cenotes*. Los primeros están casi todos movidos por molinos de viento, de modo que parte de Yucatán es una tierra cubierta por un millón de molinos de viento, cuyas armazones de acero se yerguen como miles de caléndulas sobre la parte alta de ciudades como Mérida.



Pero más curiosos son los *cenotes*, pozos naturales formados por el desmoronamiento del suelo de piedra caliza sobre los ríos o lagos subterráneos. Estos pozos son los únicos lugares donde se ve agua; son de tamaños muy diversos y van desde los pequeños socavones hasta los gigantescos estanques de ocho o nueve kilómetros de ancho por tres de profundidad. Por razones fáciles de comprender, los *cenotes* son también los centros de los antiguos establecimientos mayas. Cada ciudad maya importante del Yucatán mexicano fue contruida cerca o alrededor de un *cenote*. Y donde no los había, los mayas hicieron grandes depósitos para aprovechar el agua de lluvia, que cae con una abundancia que varía entre treinta y nueve pulgadas en las partes secas y ciento cincuenta en las lluviosas. Esta última, desgraciadamente para mí, estaba situada en Quintana Roo.

Las rocas calizas que caracterizan al Yucatán norteño parecen estériles. Se las ve por todas partes, rompiendo la tierra, roja, rala, escasa, en hileras grises. Al principio extraña que un suelo tan árido pueda sustentar la menor vegetación. También a los españoles les sorprendió esto, y Diego de Landa, el más grande de los historiadores del Yucatán, lo llamó *el país con la más mínima expresión de tierra* que jamás viera. Dicho por un español que conocía la aridez de las

regiones montañosas andaluzas, resulta muy expresivo. Pero quizá la principal y más impresionante de las muchas paradojas del Yucatán consiste en que, a pesar de todo, es una tierra de *pavo y venado, de miel y maíz*, y singularmente rica.

En Campeche, con gran alivio por mi parte, cambié mi asiento de tren por uno en el autobús (tres veces más rápido y más sucio que aquél), siguiendo mi viaje a Mérida, capital de la provincia de Yucatán, situada en medio (*sic*) de la península.

Observé que Yucatán no es tan árido como podría creerse. Se halla casi todo cubierto por una floresta baja y espinosa que no es del género tropical como en los alrededores de Palenque, sino más menguada y reseca. Como estábamos en el momento máximo de la época de sequía, mucha de aquella maleza era de color pardo y presentaba un aspecto desolado, salvo en lo que se refiere al brillante tono naranja de innumerables árboles en flor. Luego me enteré que aquellos árboles eran típicos de Yucatán, y la flor era, asimismo, la típica del país.

En el transcurso de los doscientos cincuenta kilómetros que separan Campeche de Mérida, el autobús pasó por media docena de pueblos. En muchos de ellos vi la misma gigantesca y vieja iglesia española del Renacimiento, cuya austera fachada miraba desde arriba a las casitas de un solo piso, construidas con piedra,



que bordeaban unas plazas anchas y despejadas. Esas casas tenían ventanas delicadamente esculpidas, enmarcadas por rejas de hierro forjado, eran de un pardo polvoriento. Pero el rasgo particular más sorprendente de aquellos pueblos no eran las vastas plazas de arquitectura colonial española, sino las miles de chozas ovaladas, cubiertas con hojas de palmera, que rodeaban esas plazas y que se parecían a las que yo había visto en algunas ilustraciones como vivienda típica de los nativos africanos. Aquellas chozas, que formaban pequeñas plazas de tierra roja, me hicieron comprender que Yucatán es todavía hoy el terruño de los mayas. Los miles de indios que forman la mayor parte de su población han sufrido pocos cambios después de cuatrocientos años de ocupación española y mexicana. Aquí, paradójicamente, los elementos precolombinos no fueron asimilados por la cultura extranjera, ni los mayas trataron tampoco, por su parte, de asimilar todo lo que aportaron los europeos.

Las paredes ovaladas de las casas mayas están hechas de estacas clavadas en el suelo una junto a otra; estas estacas sostienen los techos altos, perfectamente dispuestos, cubiertos con hojas de palmera. No tienen ventanas, sino solamente una puerta baja. Muchas de las plazas pequeñas muestran en su interior dos o tres casas. Supe después que, de acuerdo

con la tradición, muchas familias tenían una casa *de domingo*, que se reserva para las grandes ocasiones; otra casa que sirve como cuarto de estar diario, y otra pequeña choza que es la cocina.

Me pareció sorprendente que existiera todavía en América una región entera donde perdura la influencia nativa. Aquella influencia no sólo se reflejaba en las viviendas, sino en el traje y en la lengua. No menos de trescientos veinte mil habitantes de la península de Yucatán hablan maya, un maya que no difiere mucho del que se hablaba en la época de esa gran cultura. No tiene relación con ninguna otra lengua del continente americano, posee un acento propio y las palabras, más que pronunciarse, se balbucean.

Mérida es la capital de la provincia de Yucatán y la mayor ciudad de la península. Cuenta con doscientos mil habitantes. Ciudad amplia, extendida, tiene innumerables calles paralelas que fueron trazadas por los españoles al estilo de sus primitivas metrópolis.

Si existió jamás alguna que no pertenezca a nuestros tiempos modernos, puede decirse que es Mérida, pues parece de rasgos similares a nuestras ciudades actuales. Excepto en lo que respecta a unos pocos edificios nuevos, su estilo pertenece totalmente al de la posconquista, o sea al colonial español, las casas son

amplias, severas; son estructuras de un solo piso que guardan en su interior frescos patios o claustros. En esos patios crecen las altas palmeras imperiales, y se alzan los inevitables molinos de viento. Los edificios tienen fachadas austeras de ventanas simétricas y anchas, y una sola puerta. Muchos de ellos están pintados en tonos pálidos: azul, amarillo o verde.

Como todas las casas son grandes, la ciudad parece mucho más espaciosa de lo que es en realidad. Y donde terminan las casas coloniales españolas de piedra empieza otra ciudad igualmente típica, de chozas cubiertas con hojas de palma: la ciudad maya. Esta proximidad de estilos tan diferentes, este contraste entre los

edificios de piedra del colonialismo español del siglo XVI y las tradicionales cabañas de los antiguos mayas, resulta sobrecogedor y sorprende a cuantos lo observan.

Pronto comprendí que si Yucatán pertenece a México y si Mérida es una ciudad próspera, ambas existen en un mundo propio, un mundo completamente separado de la corriente general de la civilización moderna. Viven, con sus propias costumbres, una vida extraña que es producto de los viejos estilos mayas y una lenta aceptación, muy siglo XIX, de nuestra civilización.

El elemento español de Yucatán es también refractario al progreso moderno. En Mérida apenas hay taxis

*Cenote de Chichén Itzá.*  
Grabado del dibujo original  
de Catherwood.





y los medios de locomoción siguen siendo los de tracción animal. Lo típico son las *calesas*, carruajes tirados por caballos, que copian formas antiguas y continúan alborotando las calles a miles. Dado que muchas de ellas estaban flamantes, deduje que no era aquél un medio de transporte caduco, sino la manera más corriente de circular por la ciudad.

Las *calesas* son sólo uno de los muchos aspectos de la vida en Mérida que reflejan el *tiempo* anticuado de Yucatán, su ritmo de suave refinamiento. Es un mundo de cadencia perezosa adaptada al sol caliente, un mundo de buenas comidas y sobremesas sosegadas, una tierra de *far niente*, de apacible exuberancia, teñida de cierta pasiva contención, derivada del carácter maya.

Si México es una tierra de fuego y muerte, Yucatán es lugar de paz y nostalgia. Esta diferencia radical de idiosincrasia entre el México turbulento, cruel y bullicioso y la serena quietud de la península de Yucatán ha inspirado en ésta una gran antipatía hacia la capital, más poderosa y céntrica. El pueblo de Yucatán es, por encima de todo, yucateco. Lee la poesía de Yucatán, guisa de acuerdo con las recetas locales, tienen sus propias universidades, sus propios escultores y artistas. Invitado una vez al Rotary Club de Mérida, que tenía su sede en una casa construida según el modelo de una casa parisiense de 1890 y que

poseía un hermoso jardín, descubrí, con gran sorpresa, que la mayoría de las personas allí reunidas habían estado en París o en Europa y, en cambio, no conocían la ciudad de México. Si el yucateco necesita, por ejemplo, seguir un tratamiento médico que no se aplica en la península, irá antes a Cuba o a los Estados Unidos que a la Ciudad de México, alborotadora, políticamente hostil y *salvaje*.

Desgraciadamente, la aristocracia de Yucatán se arruinó con los edictos de la Revolución Mexicana. Fueron desmembradas grandes posesiones, y aunque luego las reagruparan las mismas poderosas familias, la aristocracia se empobreció debido a la baja de los precios del sisal.

El sisal es la única fuente importante de ingresos de Yucatán. La tierra, que es escasa, ha perdido mucha de su fertilidad desde el tiempo de los mayas; la única cosecha que tuvo importancia industrial fue el sisal, que poseía la gran ventaja sobre las demás plantas de carecer de raíces y vivir con poca agua y poco aire. Es una planta ideal para crecer en tierra caliza. Yucatán inició las plantaciones de sisal en el siglo XVII. En el XIX se amasaron las grandes fortunas, que permitieron que la aristocracia pudiera seguir manteniendo a Mérida como una ciudad placentera y lujosa, copiada de París, capital donde los yucatecos poderosos solían vivir parte del año y donde llegaron a ser

conocidos como "los meridionales", gente amiga de la diversión y más bien disoluta.

El sisal sería principalmente para la manufactura de cuerdas y cables (de mala calidad). Esta industria declinó muy pronto, produciendo en Mérida una gran depresión económica. Desde entonces, la ciudad ha ido cayendo en un sopor apacible, y hoy es como ya sombra empobrecida de lo que fue antaño.

Pero de *los meridionales de París* y del antiguo poder y esplendor, los yucatecos han conservado muchos rasgos, especialmente los que se refieren al deseo de hacer que su ciudad y su modo de vivir se parezca a las ciudades y al modo de vivir europeos. *Mérida la blanche*, como la llaman sus habitantes, gusta de considerarse el *París del Sur*.

La ciudad y su *supuesto* parecido con París son el orgullo de todo meridano sin distinción de clases sociales; un conductor de *calesa* contaba con gran satisfacción que las baldosas de la calle habían sido traídas desde París como lastres en las numerosas goletas y bergantines que entraban en Progreso, el puerto situado a unos veinticinco kilómetros de la ciudad, en el golfo de México. Un poco más allá, el mismo conductor recalcaría orgullosamente que su carruaje es igual a los que se usan en Francia, y, para probarlo, señala que su diseñador era un

francés, como se indica en una placa de latón clavada al eje trasero.

Poco se imaginan ellos que en las atestadas calles del París de hoy ya no circulan *calesas*; tampoco sospechan que las *calesas* meridanas, aunque diseñadas por un *carrossier* francés, son de modelo tan anticuado, que en Francia, aun antes de la revolución, hubieran parecido anacrónicos. La *calesa* está formada por una cabina cuadrada, muy alta y muy estrecha, que puede cerrarse enteramente con unas persianas de lona. El cochero se sienta en el techo de dicha cabina. Produce una impresión de gran encanto ya caduco, muy agradable a la vista, pero de total inseguridad.

A pesar de todo, la particularidad más interesante de la Mérida de hoy, y de Yucatán general, es la presencia de los mayas.

En Yucatán, dejando aparte a las familias de solera aristocrática, no existe la profunda división entre mexicanos e indios que se encuentra en el resto del país; ambos grupos se mezclan socialmente. Los indios mayas, que sobrepasan en número a los mexicanos, han podido imprimir en la ciudad mucho de su mentalidad y su forma de vivir. Han conservado también su manera de vestir. Son muy típicos de Yucatán los *huipiles*, el blanco atuendo llevado por las mujeres indias y que han adoptado algunas damas aristócratas para las grandes ocasiones, como por ejemplo



las numerosas fiestas organizadas por las familias distinguidas. El *huipil* es un traje de forma recta, que se hace doblando en dos una pieza de tela blanca; los dos lados van cosidos y forman una especie de funda de almohada bastante ancha. En el extremo superior se recorta un cuadrado por donde puede pasar la cabeza. Los brazos caen por unas hendeduras que se han dejado sin coser en las costuras de los lados. El escote cuadrado y la extremidad inferior se adornan con ricos bordados de seda representando flores o dibujos geométricos. Este vestido suelto, de un color blanco puro, alegrado con brillantes colores, resulta muy favorecedor. Debajo del vestido se lleva una enagua cuyos bordes sobresalen. En ocasiones extraordinarias se lleva también un terno, un *huipil* más bordado que el corriente, con una enagua igualmente más trabajada.

La visión de cientos de mujeres vestidas de esa manera y circulando por las calles de Mérida quedará en mi mente con la representación del Yucatán moderno.

Cuando llegué a Mérida no tenía la menor idea de cómo iniciar los preparativos para la expedición Quintana Roo-Darién, en la cual estaba ahora tan comprometido.

Portador de la carta para Alberto Ruz Lhuillier, el famoso arqueólogo que había descubierto la tumba de Palenque, me dirigí a las oficinas del



Comité Arqueológico Nacional Mexicano. Allá encontré al doctor Ruz, un hombre alto, de aspecto austero, que me saludó cortésmente y escuchó con atención lo que tenía que decirle. Al manifestarle mi deseo de bajar un barco por la costa de Quintana Roo hasta Honduras Británica, me contestó que aquello le parecía bastante difícil. *La costa —advirtió— está enteramente deshabitada, salvo en tres puntos: Puerto Morelos, al Norte; Tankah, en el centro, y Xcalak, en la frontera de México y Honduras Británica. Por allá están también, como usted sabe, las grandes ruinas de Tulum, aisladas en la costa. Cerca de ellas se encuentra una plantación de coco que pertenece al señor González; ha sido siempre muy amable conmigo cuando he ido a Tulum. Puedo dar a usted una carta para él. En Tankah existe un pequeño aeródromo abierto en la jungla.*

Por supuesto, yo había ya oído hablar de Tulum y hallado en México muchas referencias respecto a esta gran ciudad aislada en los eriales de la costa de Quintana Roo, e inaccesible, salvo por mar, hasta la construcción del aeródromo, que solía estar cerrado con más frecuencia que abierto. Pocos visitantes llegaban a Tulum, porque el viaje era difícil y largo.

En cuanto a ir más al sur de Tulum, el doctor Alberto Ruz lo juzgaba un tanto aventurado. No parecía haber medios corrientes de transporte, pues, como dijo, *los indios del lugar*

*viven casi de espaldas al mar, y dudo que encuentre usted barca que le lleve. Pero siempre le queda el recurso de alquilar una embarcación en la isla Cozumel que le lleve a Honduras Británica.*

Eso es lo que resolví hacer. Decidí ponerme en camino con Ball hacia la isla de Cozumel, pues, según mis noticias, acababa de abrirse una carretera que iba de Mérida hasta el extremo norte de Quintana Roo, un sitio llamado Puerto Juárez. Allí, según me dijeron siempre podría encontrar una embarcación que me condujese hasta Isla Mujeres, una pequeña isla que señala la banda de la costa yucateca que separa el golfo de México del Caribe, y de allí hacia el sur hasta la isla de Cozumel.

Resolví que, si lográbamos fletar una embarcación, navegaríamos lentamente a lo largo de la costa de Quintana Roo, deteniéndonos aquí y allá para observar los diferentes parajes.

Me dediqué entonces a buscar a alguien que hubiera estado en Quintana Roo y me informara sobre aquello. Los resultados fueron poco satisfactorios, pues no pude encontrar a nadie. Supe, sin embargo, que la región de Quintana Roo, a diferencia del Yucatán central, estaba cubierta por una densa selva y que ninguna carretera penetraba en ella. No existían ciudades y, lo que es más, me enteré de que toda aquella zona estaba infestada de bandidos, fugitivos



mexicanos, pues en Yucatán un bandido es, por definición, un mexicano. Los indios mayas mismos, que suelen ser pacíficos y sedentarios, cambian en la región de Quintana Roo, donde se los conoce por *indios sublevados*. Pronto iba a darme cuenta de que en Yucatán, lo mismo que en México capital, se consideraba a Quintana Roo como un territorio salvaje y rudo, del cual nadie se preocupaba y nadie conocía.

Envié una carta a Ball comunicándole los primeros resultados de mis investigaciones y mis impresiones favorables en lo que se refería al alquiler de una embarcación; le dije también que la información sobre Quintana Roo resultaba escasa y que sólo había podido enterarme de que la jungla era hostil, árida y estaba poblada tan sólo por unos cuantos indios rebeldes e igual número de *chicleros* merodeadores.

Por aquello parecía deducirse que cuanto menos me acercara a Quintana Roo, mejor. Pero no me descorazonó la información obtenida. Al contrario, tanto misterio me intrigó, y me pregunté si no resultaría, en el fondo, mucho más interesante y curioso cruzar parte de Quintana Roo a pie hasta el mar. Cuando comuniqué mi idea al señor Pomerat, director de la *Alliance Française* en Mérida, hombre conocedor del país y de su gente, me contestó sin contemplaciones que estaba completamente loco. Luego

me explicó que, el año anterior, un joven arqueólogo alemán había salido de Mérida hacia Quintana Roo, proyectando viajar a pie hasta la antigua ciudad costera de Tulum. Su cuerpo fue hallado tres semanas después, pudriéndose, en el extremo de un cenote; había sido asesinado por uno de sus guías. Aquello hizo que volviera a pensar en la solución, mucho más segura, de efectuar el viaje por mar. Decidí, además, que nuestras incursiones a tierra estuvieran limitadas al mínimo.

Sin embargo, procuré conseguir información más precisa acerca de los *indios sublevados* y los *chicleros*.

Respecto a los primeros, fue poco lo que pude saber al principio. Me dijeron que se consideraba peligroso ir a sus distritos, porque los indios están siempre dispuestos a atacar al extranjero, cualquiera que sea, debido a que ellos, a su vez, han padecido durante tanto tiempo la hostilidad del Estado mexicano, así como los cruentos ataques de los *chicleros* merodeadores.

La palabra *chiclero*, que comprendí era sinónimo de bandido y que siempre había oído relacionada con algún crimen, es, en realidad, el nombre dado a los que recogen chicle. El chicle es la savia de un *zapote* especial o árbol de sapatilla, que se emplea únicamente en la elaboración de la goma de mascar. Las miles de hambrientas mandíbulas norteamericanas han hecho de esa elaboración



Cenote de Xtacumbil-Xunan (Bolonchén). Grabado del dibujo de Catherwood.

una gran industria. El chicle o goma de mascar en crudo se encuentra solamente en tres países del mundo: en el territorio de Quintana Roo, al norte de Guatemala y en Honduras Británica. A diferencia del árbol del caucho, los árboles que producen el chicle no crecen en plantaciones, de modo que la única manera de recoger su savia es enviar hombres a la selva. Recoger chicle es una operación penosa y peligrosa, ya que quien la ejecuta está expuesto a la mordedura de serpientes venenosas, al peligro de las aguas contaminadas y, sobre todo, al paludismo, que es todavía la peor plaga de Quintana Roo. Para llevar a cabo tan ingrata tarea, se conducen a la jungla contingentes de exconvictos y criminales procedentes de Veracruz. Los yucatecos pacíficos se niegan a ir a la selva. Como resultado, esa selva está infestada de bandas de *chicleros* merodeadores que combaten contra la jungla y entre sí, por la productiva savia blanca. Esta clase de hombres se ha ido amontonando durante años en Quintana Roo, y muchos permanecen allí para siempre, pues prefieren quedarse, transcurrido el semestre que dura la recogida del chicle, que regresar a lugares más civilizados, donde tendrán que dar cuenta a la justicia de los crímenes cometidos antes de su llegada a la jungla o en el transcurso de su estancia en ella.

Las extrañas circunstancias en que iba a realizarse mi expedición habían



de familiarizarme pronto con los temibles *chicleros*, armados con escopetas, pistolas y machetes.

El paludismo constituía también una amenaza con la que no contábamos. Los terrenos pantanosos y las húmedas junglas son uno de los focos de la enfermedad.

A la vista de todo ello, y como aún permanecía en Mérida, me dije que existían bastantes razones para quedarme tan lejos de Quintana Roo como fuera posible.

Empezaba a preguntarme por qué se me habría ocurrido la idea de dirigirme a una región tan dejada de la mano de Dios. De no haber sido por el encabezamiento gótico de mi papel de escribir y el temor de parecer un tonto si abandonaba mis propósitos, habría desistido. Pero seguí preparando escrupulosamente el viaje, y, lo que es más, sentía una extraña atracción hacia la costa que se me había descrito en términos tan desfavorables. De cualquier manera, era demasiado tarde para variar nuestros planes. Recordando las largas veladas con Ball, en Tepoztlán, cuando preparábamos el itinerario, decidí atenerme a nuestra ruta primitiva, pero efectuando muy pocas incursiones a Quintana Roo; todo ello acompañado por Alan Ball y la tripulación del barco que tenía proyectado fletar.

Procuré, sin embargo, adquirir algunas armas y contratar un guía.

Me presentaron a un tal Aguilar, que solía actuar como tal en las partidas de caza. Ésta abunda de tal modo en la espesa y seca manigua que cubre al Yucatán central, que casi toda la población rural la practica para procurarse alimentos. Ya en el autobús, entre Campeche y Mérida, lo había comprendido así viendo subir en cada parada a grupos de indios con escopetas colgadas de la espalda. Hay abundancia de faisanes negros, pavos salvajes y unos pequeños ciervos rojos a los que llaman *venados*. Si añadimos que también hay jabalíes y algunos *tigres* (gatos monteses y jaguares pequeños), veremos que los safaris no son desconocidos en Yucatán.

Pero Aguilar, si bien estaba dispuesto a llevarme a cazar alrededor de Mérida y hacia Campeche, nada sabía acerca de Quintana Roo, y se limitó a repetir lo que ya me habían dicho otros. Sugirió que yo también debía llevar pistola, tanto para protegerme como para dar un poco de variedad a mis comidas cuando estuviera en la costa. Me presentó a un amigo suyo, de aspecto equívoco, que vendía armas y que me ofreció un pequeño revólver de cromo plateado, calibre 32.

Vacilé en adquirirlo y mandé un telegrama a Ball pidiéndole consejo, ya que él debía financiar algunos de los gastos básicos de la expedición. Como no tuviera contestación, me

dediqué a buscar lo que necesitábamos para terminar de formar el equipo.

Aprendí en Yucatán que, excepto en los hoteles, no existen camas, pues lo mismo los indios que los mexicanos duermen en hamacas. Para mí, éstas habían estado siempre asociadas a la Marina, a la incomodidad y al temor de caerme. En cuanto hube probado una hamaca maya, rectifiqué esta opinión y estuve de acuerdo con la leyenda local que cuenta que las hamacas son un presente de los dioses al género humano. La hamaca yucateca es, podríamos decir, honrada, pues no juega malas pasadas en mitad de la noche, como otras que conozco. Se confeccionan de dos clases: las de cuerda áspera, que pica, y las de algodón o seda, mucho más suaves, anchas y aristocráticas. Elegí una de estas últimas, y, para mayor seguridad, compré lo que allí se llama una hamaca "matrimonial", tan amplia que en ella pueden dormir dos personas a lo largo e incluso a lo ancho.

Las hamacas mayas son una verdadera maravilla; no tienen los antipáticos nudos de las demás que las hacen tan incómodas. Están confeccionadas sobre un armazón ancho y rectangular, de madera. Alrededor de este armazón va atado un cabo de cuerda muy largo, entretejido luego con otro cabo; ambos forman una malla floja que se amolda a todos los ángulos del cuerpo humano.

Los yucatecos suelen aprovecharse bien del regalo de los dioses, que armoniza perfectamente con su carácter indolente. Tienden su hamaca por todos lados, y en ella descansa de noche y de día la mayoría de la población. Se ven hamacas debajo de los vagones del ferrocarril, entre los árboles y en todas las casas, que cuentan con ganchos adecuados en cada habitación. Esto permite que los indios vivan cómodamente en sus pequeñas chozas, ya que no les priva de espacio.

Sabiendo que los mosquitos son la plaga de Quintana Roo, compré un mosquitero amplio, de aspecto frágil, que abultaba muy poco una vez plegado y que podía colocar rápidamente alrededor de mi hamaca.

En cuanto a la ropa de vestir, pensé que todo lo que iba a necesitar sería un par de pantalones y unas sandalias para andar por los puentes del barco. Pensaba adquirir las botas para caminar por la selva de Valladolid, ciudad que, según veía en mi mapa, era la última entre Mérida y Puerto Juárez, donde termina la carretera, en la costa de Quintana Roo. Fue aquella una equivocación fatal, pues luego me encontré con que en Valladolid sólo tenían botas de tamaño pequeño, que es el que calzan los indios. En el mercado de Mérida compré dos cuchillos de unos cuarenta y cinco centímetros de largo, que me parecieron menos ridículos



que los machetes y, sin embargo, lo bastante grandes para cortar los matorrales.

Después de adquirir este material regresé a mi hotel, donde encontré una carta de Ball que decía así:

*Querido Miguel: No me ha sido posible obtener los fondos que esperaba. Debido a la zona de la libra esterlina, sólo podré conseguir el dinero en una colonia británica. Lo siento, pero no podré reunirme contigo en Yucatán. Nos encontraremos en Belice. Haz tú solo la primera parte del viaje hasta allá, y luego seguiremos juntos, tal como habíamos planeado. Saludos, A. B.*

La noticia era sumamente desagradable, pues comprendí que se trataba de una excusa con la cual Ball intentaba abandonar nuestro proyecto. Inmediatamente le puse una conferencia a México, y, entre un revoltillo de zumbidos y rumor de papagayos, entendí que las cosas allí habían cambiado y que a Ball se le hacía cada vez más difícil marcharse. Me quedó poca esperanza de que fuera a reunirse conmigo en Belice. Y tuve razón, pues no habría de volver a verle jamás, aunque quizá no por culpa suya, ya que yo no fui a Belice mucho después.

Las malas noticias me afectaron bastante. Mi entusiasmo juvenil se sustentaba, en gran parte, en el

*Cenote de Valladolid.  
B.M. Herman. 1843.*



compañerismo y valor que un hombre como Ball aportaba a nuestra empresa. El viaje que habíamos proyectado hacer juntos era una cosa; ir yo solo, otra. Y la noche en que Ball se volvió atrás, tuve unas pesadillas terribles, en las cuales vi el esqueleto del joven arqueólogo alemán.

Empecé a arrepentirme seriamente de todo el asunto y me amonesté por no haber comprendido antes que Ball no era hombre de resoluciones firmes. Contemplaba la imagen de mi cuerpo, alto y delgado, reflejándose en el sucio espejo de una habitación de hotel, y no lograba verme como un explorador. ¿Por qué no iba a ser yo un buen banquero, al fin y al cabo? No; parecía estúpido pensar ir solo... Y suponiendo que sobreviviera a aquel viaje hasta Colombia, ¿podría volver a tiempo para empezar mi licenciatura en Harvard en agosto? Estábamos a finales de abril; me quedaban, pues, tres meses escasos para cubrir los tres mil kilómetros del viaje proyectado.

Consulté al señor Pomerat acerca de mi posición, que ahora era distinta. No resultó muy alentador lo que me dijo, ya que, gritando con bastante violencia, me advirtió que ir solo constituía un suicidio y que qué me pasaría si caía enfermo.

Le dí la razón, pero al mismo tiempo decidí que antes morir que renunciar a mi viaje, cuya primera parte, si todo iba bien, empezaría al cabo

de ocho días. Quizá me sería posible llegar a un arreglo con la policía de Mérida para que mandaran a una patrulla a buscarme si nada se sabía de mí una semana. Al oír esto, el señor Pomerat lanzó una gran carcajada y me explicó:

—Amigo mío, si cree usted que la policía pondrá los pies en Quintana Roo, es que está loco. Tuvieron tales complicaciones con el caso del arqueólogo alemán que si les comunica usted sus planes, lo más probable es que le encierren y le prohíban ir.

Al día siguiente me encontraba en cama con la enfermedad local, y tuve tiempo de sobra para pensar y preocuparme; pero entre los violentos ataques de mi dolor de vientre, miraba fijamente el mapa de la costa. La mancha negra de Quintana Roo me parecía aún más incitante que nunca con su costa larga y recta, cortada por dos profundas bahías, la de Ascensión y la del Espíritu Santo. ¡Qué misteriosos me parecían esos nombres! ¿No era esa expedición una oportunidad única en toda mi vida? Yo tenía entonces veintiún años, y aquélla sería mi primera aventura. Decidí llevarla al cabo solo.

Lo que ahora me preocupaba más era el paludismo, y también las serpientes, escorpiones y tarántulas,



que sabía pueden encontrarse incluso en los barcos. También estaba preocupado porque se acercaba la época de las lluvias; las palabras *época de las lluvias* provocaban en mi cerebro espantosas visiones de monzones, aguaceros torrenciales, pistas fangosas, desprendimientos de tierras e inundaciones devastadoras, fenómenos acerca de los cuales había leído bastante.

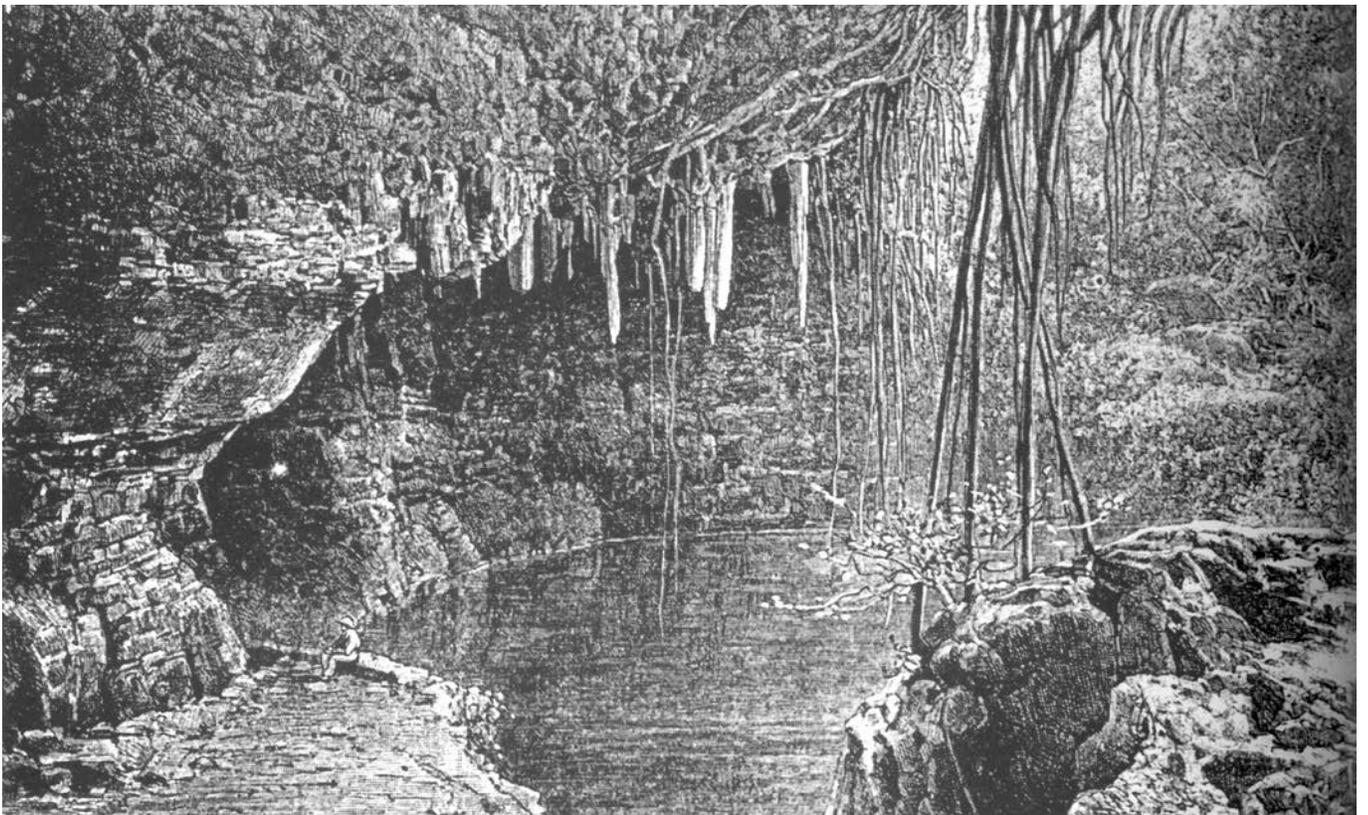
Tan pronto como pude salir del hotel, me dirigí a casa de Aguilar y pensé otra vez en la compra de la pistola. Cuando volví a tenerla en mi mano, en la oscura trastienda del amigo de Aguilar, caí en la cuenta de que nunca había usado una pistola y me pregunté qué pasaría si erraba el tiro frente a mis enemigos. Por fin decidí que no me serviría para nada y, en parte por un heroísmo de vía estrecha, en parte por economizar, no la compré.

Adquirí, en cambio, una buena provisión de píldoras contra el paludismo, y el material suficiente para llenar el botiquín de un boy scout. Para una expedición como la proyectada, sin embargo, no era bastante. Llevaba unas primorosas botellitas de yodo, trocitos de venda, aspirinas y píldoras contra la enfermedad que ya había padecido, la inevitable y más común de las dolencias tropicales. Para las amenazas, plagas de los pozos y del agua que tendría que beber en el barco,

compré tabletas de clorina. Aquellas medicinas que llevaría conmigo me tranquilizaron, dejando sólo un problema por resolver: las mordeduras de serpientes. Consulté a todos mis conocidos y también a un médico. El veredicto fue que existía una antídoto para el veneno de las serpientes, pero que su empleo requería considerable cuidado. Cada tipo de veneno necesita su correspondiente y diferenciada vacuna, según aquél sea hemotóxico (veneno para la sangre) o hepatóxico (venenoso para el sistema digestivo). Para asegurarse debidamente contra cualquier mordedura de serpiente es necesario conocer los nombres de todas ellas y sus respectivas características venenosas; además, hay que saber qué ofidio es el que ha mordido y ser lo bastante diestro con la aguja hipodérmica para aplicarse una inyección intravenosa. Yo no poseía tanta competencia, ni la poseería jamás, pues soy de esos que prefieren morir antes que ir al dentista o a ponerse una inyección. Incapaz, pues, de cargar con tal bagaje contra las serpientes, recurrí a remedios de los que se llaman mágicos. El señor Ruz me había recomendado uno que luego supe era el que empleaban todos los yucatecos. Se llamaba Antiviperine y se vendía en unas botellas pequeñas y oscuras, tapadas con lacre.

Leí las instrucciones por curiosidad. El folleto, que constituía una pieza maestra de literatura médica, llenaba cuatro páginas. Al final se rogaba cortésmente a la víctima que rellenara un formulario adjunto diciendo cuándo había sido mordida, hora y lugar, por qué clase de serpiente, cuándo había tomado la Antiviperine y fecha de fallecimiento del paciente, si se daba el caso. Naturalmente, este último requisito debía ser cumplido en forma póstuma. El remedio tenía que beberse después de la mordedura y aplicarse, además, en la herida misma. El último párrafo de las instrucciones decía: *Si se desea, la Antiviperine puede tomarse antes de cada comida.*

*Cenote de Valladolid.*  
D. Charnay. 1886.



En un gran saco de sisal metí la hamaca, el mosquitero, la Antiviperine, el botiquín, veinte rollos de película, la máquina fotográfica, unas sandalias, el blazer azul y unos pantalones. Además, llevaba una pequeña bolsa con la maquinilla de afeitar y otros elementos de aseo.

Todo estaba ya a punto. Decidí emplear los días que me quedaban visitando las atracciones locales, es decir, las importantes ruinas de Uxmal y Sayil, investigando al mismo tiempo la historia de Yucatán. Luego iría a Chichén-Itzá, la famosa ciudad del pozo sagrado, del cual se habían extraído tantas joyas maravillosas. Chichén-Itzá quedaba en el camino hacia Puerto Juárez; sería



la última parada antes de iniciar mi ruta definitiva.

A setenta y cinco kilómetros de Mérida, en la carretera de Campeche, se alza la antigua ciudad de Uxmal. Me sorprendió ver que los edificios allá eran de un estilo totalmente distinto a los de Palenque. Parecían pertenecer a otra civilización. Eran del siglo IX y se decía que pertenecían al Nuevo Imperio, porque su cultura floreció después de ser abandonada Palenque. Pero, aparte de los hechos históricos, Uxmal es probablemente la creación arquitectónica más bella de la América precolombiana.

En Uxmal, las edificaciones tienen una grandeza artística tan verdadera, que las coloca entre las estructuras más gloriosas del mundo. Versalles, las catedrales medievales, las tumbas de los mongoles en la India, el mismo Partenón, tienen poco que la belleza arquitectónica y la majestad de Uxmal pueden envidiar. Me refiero en particular al Palacio del Gobernador, de cien metros de largo, levantando sobre una plataforma rectangular encaramada, a su vez, sobre otra plataforma de cinco acres, que se alza a quince metros del suelo. Lo monumental de tales terrazas, las armoniosas proporciones del edificio principal, que cuenta como única decoración con un friso de piedra tallada geoméricamente de cien metros, constituyen un conjunto de gran belleza. Lo es también

un hermoso cuadrángulo que comprende un patio magníficamente pavimentado, conocido por el Patio de las Monjas, a pesar de la decoración fállica que adorna la fachada de uno de los palacios. De piedra color de miel, ensamblada con exactitud milimétrica, proporciones exquisitas y líneas sencillas, Uxmal ha producido siempre la impresión de ser la más hermosa de las ciudades precolombinas. Me sorprendió enormemente la paradoja de que aunque Uxmal y otras ciudades mayas estuviesen habitadas cuando la conquista española, sepamos hoy tan poco en lo que respecta a los antiguos mayas. Después de haber visto Uxmal, no podía por menos que mirar a los indios con admiración, intentando ver en sus rostros qué vestigios podía hallar de su gloria y civilización pasadas. Y si bien, como pronto habría de averiguar en Quintana Roo, los indios no recordaban nada de su pasado, habrían conservado muchas de las características que dos mil años de cultura dejaron impresas en sus mentes y procedimientos.

De los templos que colmaban la antigua ciudad sólo habían sido excavados unos pocos; del tope de la Pirámide del Enano, que es abrupta y mide cuarenta y cinco metros, observé que toda la extensión alcanzada por mi vista estaba llena de grandes montones de escombros cubiertos de vegetación, restos de

cientos de edificios que debían de formar la ciudad y que todavía están por excavar.

Cerca de Uxmal se hallan las ciudades de Kabah y Sayil; en esta última existe un palacio del alto de tres pisos, cuyos portones están sostenidos por grandes columnas que le dan una apariencia griega o más bien cretense.

La variedad de los estilos y técnica arquitectónicos empleados y conocidos por los mayas es asombrosa. Incorporaban a sus estructuras formas tan variadas como columnas redondas, cuadradas, medias columnas, arcos en forma de ojos de cerradura y, por supuesto, el tradicional arco y bóveda en forma de V invertida, típicamente maya. Esta imaginación, esta variedad en técnica arquitectónica, en cerámica y tallado son una de las maravillas de la antigua civilización maya; me preguntaba si los indios de hoy conservan aún el secreto de tal diversidad.

En el camino de regreso de Uxmal a Mérida pasé por innumerables campos yermos, con hilera tras hilera de las plantas cácteas verde pálido del sisal, proyectando sus estrechas y puntiagudas hojas hacia el cielo.

Los pueblos, en su mayoría, llevaban los nombres de las antiguas explotaciones de sisal o de los santos patrones de las iglesias locales.

Como todas las primitivas colonias españolas, Yucatán fue escenario

de grandes persecuciones llevadas al cabo en nombre de la Iglesia; el fervor queda de las viejas tradiciones mayas. En todos los sitios donde les fue posible, los españoles procuraron destruir la cultura pagana maya, destrozando edificios, manuscritos e incluso la más ligera huella de tradición oral. Pero, al mismo tiempo que proseguían tercamente la política de imponer su cultura y religión a los indios, algunos de los más ilustrados sacerdotes, como Diego de Landa, dejaban constancia de la civilización que su pueblo destruía. Hoy día, el libro de Diego de Landa *Relación de las cosas de Yucatán* es la fuente principal de información escrita que existe sobre el periodo de conquista del Yucatán precolombino.

A pesar del gran número de libros escritos por los mayas que se destruyeron, han sobrevivido tres hasta nuestros días: el *Código de Dresden*, descubierto en esa ciudad; el *TroCorates*, hallado en España, y el *Código Pérez o de París*, encontrado en la capital de Francia. Estos tres códices contienen tablas astrológicas y su tema principal es la adivinación. Si bien aún no se han descifrado completamente, sí han facilitado valiosísima enseñanza por medio de ilustraciones y fechas.

Con el paso del tiempo, no sólo se perdieron los códices, tres de los cuales se encontraron más tarde por casualidad en Europa, sino que

se extinguió toda la tradición oral maya. El interés considerable que han despertado los mayas es relativamente reciente. Gran parte de ese interés se debe, en particular, a los libros de Prescott, a los escritos de John Lloyd Stephens y a las ilustraciones de Frederick Catherwood.

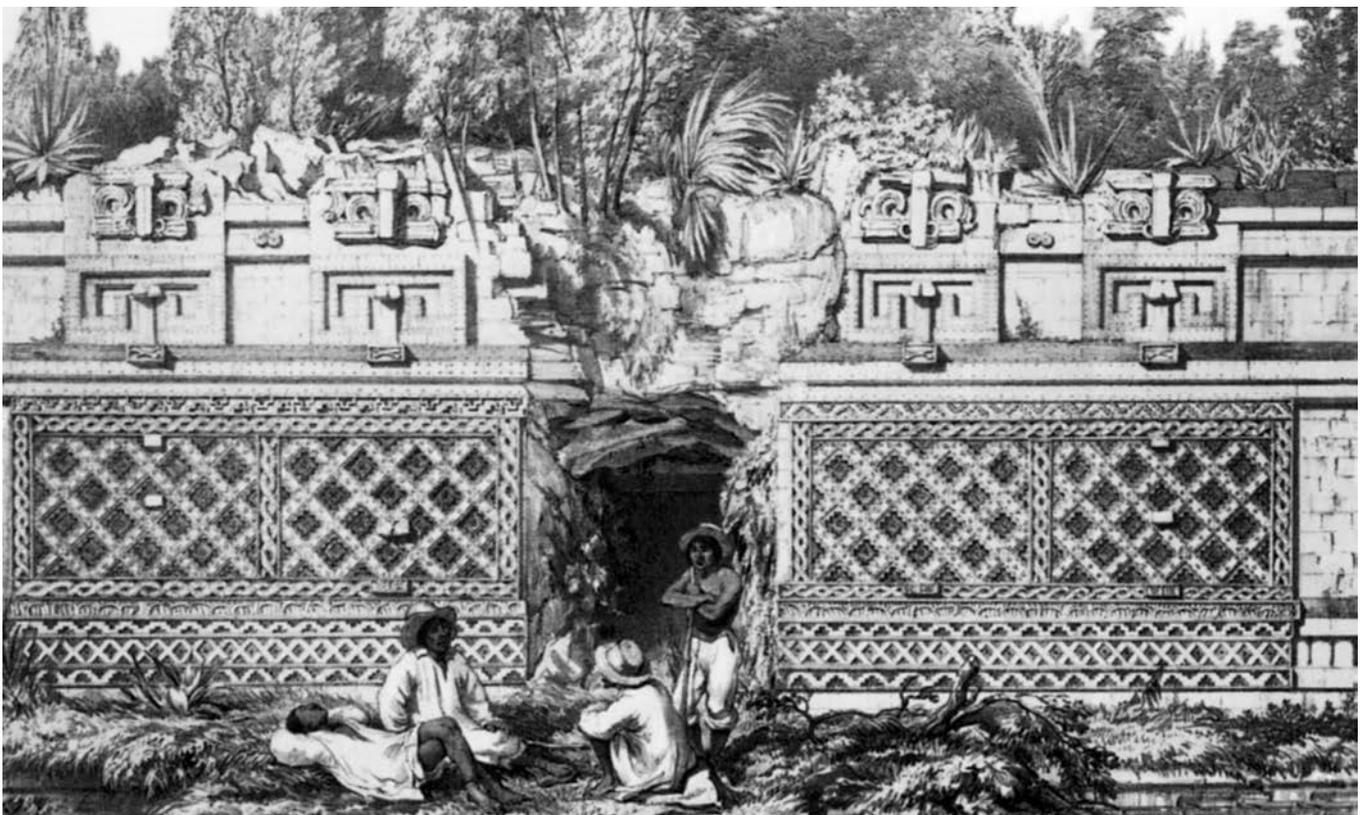
Del doctor Alberto Ruz y de Carlos Pelissier aprendí que la arqueología maya está alcanzando lentamente el puesto que merece en el estudio de las civilizaciones antiguas. En vísperas de marcha, poco podía imaginarme yo que mi accidentada expedición habría de ayudar, en forma harto sorprendente, a resolver algunos de los enigmas del antiguo Imperio maya.

Se acercaba el gran día. Escribí una carta a mis padres y visité por última vez al doctor Alberto Ruz.

En su oficina, cerca de la catedral, el doctor Ruz me explicó que la costa que me proponía recorrer no había sido explorada por completo, y me pidió que estuviera atento al posible hallazgo de ruinas antiguas. Luego me entregó un mapa en el que figuraban los pocos parajes arqueológicos conocidos en la costa. Al marcharme, me recordó amablemente lo que yo sabía ya demasiado bien:

—Tenga usted cuidado... Es una costa peligrosa y hostil.

Entrada del gran Teocalli en Uxmal. Grabado del dibujo original de Catherwood.



Después me fui a ver al señor Pomerat para notificarle que me marchaba; me pidió que señalara un límite de tiempo a mi llegada a Belice. Si sucedía algo malo, él procuraría que se me prestara ayuda. Un poco en broma (aunque la verdad es que estaba nervioso), le dije que si no sabía nada de mí en el término de tres semanas, podría estar seguro de que las cosas no iban bien. Pero añadí, confiado:

—Dentro de una semana estaré en Belice.

Luego nos separamos y, tirando con dificultad de mi saco de sisal y de mi bolsa azul, crucé las sofocantes calles de Mérida, en dirección a la estación de autobuses. Allí tenía que tomar un autobús que me conduciría a Chichén-Itzá; después habría de ir hasta Puerto Juárez y la costa.

Por lo menos, ya estaba en camino...

El autobús es un medio de transporte modesto y poco glorioso para iniciar una expedición. Debo confesar que me sentía algo tonto cuando adquirí mi billete. Tirando de mi equipaje, fui a ocupar mi asiento reservado, y pronto me rodeó un tropel de indias vistiendo huipiles. Di gracias al cielo por haber decidido quedarme a pasar la noche en Chichén-Itzá, pues así cortaba en dos el camino de trescientos kilómetros que había de recorrer hasta Puerto Juárez.

El lento balbucear de las voces mayas, los orgullosos rostros de las mujeres indias, el aspecto fatigado de los hombres y los hermosos ojos de los chiquillos me hicieron olvidar la incomodidad y la tensión de aquella partida. No podía decir lo que esperaba. Tres meses de preparativos y gestiones me habían proporcionado pocos datos concretos acerca de la costa. ¿Encontraría barcos? ¿Dónde? Todo lo que tenía era unos cuantos nombres garabateados en un papel, un mapa y la voluntad de ir hacia el Sur. Mis pertenencias estaban en la redcilla del autobús, sobre mi cabeza; en aquel momento, mis cuchillos me parecían perfectamente inútiles; yo no sabía entonces hasta qué punto iba a necesitarlos después.

El autobús dejó pronto atrás los límites de la ciudad; vi pasar la última calecha. Las postreras casas de piedra iban dejando lugar poco a poco a las cabañas con techo de palma de indios. Luego vinieron los campos de sisal, seguidos de la selva, rala pero al mismo tiempo misteriosa, encrespándose y secándose al calor. De vez en cuando, al subir el autobús por un pequeño desnivel de la carretera, las insulsas breñas de Yucatán aparecían ante nuestra vista, extendiéndose en muchos kilómetros, acentuadas aquí y allá por flores color naranja y por los ramilletes amarillos de la vainilla.

En cada parada se bajaban unos cuantos indios; las mujeres se ponían



los bultos a la cabeza, y los hombres las escopetas a la espalda. Descalzos, en pequeños grupos, desaparecían a buen paso por las sendas, que eran como túneles entre la maleza y que les llevarían a sus distantes chozas de techo de paja.

Las paredes de piedra que cercaban los campos de sisal y las cabañas de las aldeas estaban formadas por guijarros redondos descuidadamente apilados, que formaban una barrera a través de la cual se podía ver la luz. Esas paredes estaban invariablemente pintadas de blanco y contribuían a la impresión de limpieza que producen los pueblos y los campos yucatecos. Viniendo del México central, me había sorprendido el aseo de las ciudades y pueblos de Yucatán. Alguien me había dicho, y luego lo observé yo, que los mayas son probablemente uno de los pueblos más limpios de la Tierra. Lo ilustra el hecho de que las mujeres, a pesar de su pobreza o de lo sucia que pueda ser su labor, llevan siempre huipiles impecables; lo consiguen cambiándose de vestido dos y hasta tres veces al día. Si consideramos que incluso las mujeres más pobres lo hacen así, comprenderemos hasta qué punto los mayas son conscientes de lo que es suciedad. Este es uno de los rasgos que, a mi entender, procede de su largo pasado de pueblo culto. Es también una prueba interesante de un hecho antropológico: los pueblos

que visten de blanco son casi siempre limpios, mientras los que llevan ropa oscura tienden a ser sucios.

La carretera a Chichén-Itzá es perfectamente recta y de creación reciente; antes de que fuera trazada, no había más que senderos, pues el maya parece seguir estando reñido con la rueda. Exceptuando las calesas de Mérida, jamás se ve en el campo a un carruaje tirado por caballos, aunque abundan éstos y también las mulas. Como el suelo calizo de Yucatán es áspero, los antiguos mayas trazaron un número considerable de caminos elevados sobre el nivel del suelo. Muchos de éstos aún existen, por ejemplo el camino entre Uxmal y Kabah. Se dice también que hay señales de *sak-be* (carreteras mayas) por toda la floresta yucateca.

Eran las cinco de la tarde cuando llegamos a Chichén-Itzá. Cerca de las ruinas se halla el lujoso Hotel Maya Land, que proporciona diversión y entretenimiento a los miles de turistas que visitan cada año las famosas ruinas. Gracias al doctor Alberto Ruz, yo iba al Campamento, lugar mucho más adecuado para probar mi hamaca. Sin embargo, estuve en el hotel para tomar mi última comida de hombre civilizado.

A la hora en que se pone el sol yo estaba ya errando por las gigantes cas ruinas de la ciudad. Chichén-Itzá es la ciudad maya más grande de Yucatán; tiene una extensión de más de mil acres.

Originalmente, fue construida junto a un cenote pequeño, donde el agua era fácilmente accesible, pero luego se extendió hacia el Oeste, donde existía un cenote circular inmenso, con agua que llegaba hasta los veinte metros bajo el nivel del suelo. Las paredes de ese cenote son verticales, los que constituye un espectáculo impresionante. Se trata del famoso pozo sagrado de los sacrificios. Los mayas temían la sequía, y cuando ésta llegaba, rendían homenaje a los Chacs, dioses de la lluvia. En Chichén-Itzá se creía que los Chacs vivían en el fondo de ese pozo. Aquí ejecutaban sangrientos sacrificios los altos sacerdotes. De acuerdo con los primeros relatos de los españoles, pintaban a sus víctimas de

azul y, con un gran ceremonial, las llevaban junto al pozo sagrado. Con el alba, esas víctimas, en su mayoría vírgenes, eran precipitadas a las aguas; si se trataba de muchachos, se les sacaba el corazón con cuchillos de pedernal, y sus cuerpos, adornados con joyas de oro y jade, se arrojaban también al cenote. Mirando las oscuras profundidades del pozo, no puede uno menos que estremecerse.

Diego de Landa, conocedor de los sacrificios que se efectuaban en Chichén-Itzá, escribió: *Si en Yucatán hay oro, tiene que estar en el pozo sagrado de Chichén-Itzá*. Resulta bastante sorprendente que los españoles no tomaran nota de ello. Tenían que transcurrir trescientos años antes





de que un americano, Edward H. Thompson, decidiera dragar el pozo sagrado en 1907. En aquel tiempo, esta operación requería un esfuerzo considerable; no existía carretera hasta las ruinas y el material para el dragado era pesado y de difícil transporte, pero los trabajos de Thompson se vieron ampliamente recompensados. Sacó del pozo, junto con huesos de hombres y mujeres, un número considerable de objetos que llevaban las víctimas de los Chacs. En conjunto, esos objetos extraídos del lodo componen hoy lo que se conoce como tesoro de Chichén-Itzá, y que comprende muchos pectorales realzados con oro, algunos del tamaño de un plato pequeño; miles de colgantes de jade esculpido, y un cuchillo de pedernal con el que se ejecutaban los sacrificios y que tenía el mango de oro. También se encontraron innumerables cuentas y fragmentos de cerámica, así como copal, incienso cuyo negro humo acompañaba todas las ceremonias mayas.

Por razones desconocidas, nadie desde Thompson pensó en volver a dragar el pozo, si bien un año después de mi estancia allí se intentó nuevamente, con el fin de extraer más tesoros de los que yacen en el fondo.

Cuando llegó la noche, regresé al Campamento, donde colgué mi hamaca a la luz de una vacilante vela, acompañado por el ensordecedor croar de miles de ranas.

Una vez en la hamaca, no me atrevía a moverme, y debo confesar que no pegué ojo. Si bien no me caí, tampoco podía dormir, y me pasé las largas horas nocturnas tumbado hamaqueándome suavemente, rodeado por el mosquitero. Mis pensamientos retrocedían hasta los tiempos de los antiguos mayas, cuando, después de un día largo y caluroso, en que habían tenido lugar los sangrientos sacrificios del pozo sagrado, llegaba la noche, una noche como ésta, y las ranas turbaban su quietud, igual que ahora... Luego pensé en el joven arqueólogo alemán, al que habían hallado muerto junto al cenote. Entonces me incorporé de un salto, recordando que al día siguiente estaría en Quintana Roo, probablemente también a merced de un guía desleal.

Una hora antes del amanecer, considerando mi hamaca como un invento poco brillante, me levanté, salí y trepé a la pirámide más alta, la de Kukulcán. Desde su cima pude contemplar hacia el Este el primer resplandor del sol naciente, que alumbraba un mar sin fin de copas de árboles. Por allí se extendían las junglas de Quintana Roo y la extraña costa que vería muy pronto. Debajo de mí estaba el templo de los guerreros, al pie de la pirámide, y al Sur, la extraña torre circular del observatorio de Chichén-Itzá: más allá, irrumpiendo entre los árboles, se veían

los amplios edificios de la antigua ciudad. Mayaluum, la tierra de los mayas, estaba a mis pies. Imaginé los templos repletos de mayas hablando su extraña lengua, y yo me vi como el temido sumo sacerdote.

El sol salió lentamente, y muy pronto el "sumo sacerdote" empezó a bajar corriendo las escarpadas escalinatas de piedra de la gran pirámide, pues estaba cayendo un aguacero tropical que la tierra bebía con evidente placer. Al oír el repiquetear de la lluvia sobre el techo de estaño del Campamento, me sentí un tanto desmoralizado, pues se me antojó que aquel chubasco era una maldición que me echaban los temibles Chacs desde el fondo del pozo sagrado.

Si hubiera sido un maya culto, el aguacero no me habría sorprendido, pues la lluvia que cayó el día después de mi llegada a Chichén-Itzá estaba prevista en el calendario maya, no en el antiguo, sino en su transposición moderna. En efecto, la arcaica técnica maya de previsión del tiempo se imprime cada año en el Almanac Espinoso, que es el gran almanaque de Yucatán.

Corrí a casa del guarda de las ruinas, con la intención de quejarme del tiempo; pero antes de que pudiera abrir la boca, la mujer del guarda gritó jubilosa: "¡El Espinoso ha vuelto a acertar!" Por mi parte, maldije al Espinoso, pues no había traído ni un mal impermeable. Salí

y di una última mirada, melancólica por cierto, a las ruinas, en particular a la alta pirámide. Un pasadizo secreto lleva, por su interior, hasta una pequeña habitación donde se encuentra un trono que representa un jaguar con manchas rojas.

Luego tomé el autobús y me fui a Valladolid.

Como he dicho, tenía proyectado comprarme unas botas en aquella ciudad. En el momento en que el autobús me dejó en medio de la plaza principal, una multitud de chiquillos vinieron hacia mí gritando y riendo; a ellos se unieron, al cabo de un rato, algunos hombres. Según parecía, era mi barba lo que les hacía gracia. Debo admitir que, como me la estaba dejando crecer desde hacía muy poco, era algo rara. Pero todo aquel barullo no me gustaba ni pizca; al contrario, temía que en el tumulto desaparecieran mis pertenencias, de modo que me puse a buscar las botas, arrastrando el saco y la bolsa.

Como ya he dicho, mis pies son del tamaño normal que corresponde a un hombre blanco, pero resultan sorprendentes para los mayas; así que muy pronto no se rieron sólo de mi barba, sino también de mis pies.

Puedo decir que me echaron de Valladolid a risas, o así me lo pareció por lo menos; lo que sé es que aquel recibimiento quedará siempre en mi memoria como un recuerdo desagradable. 

